

Colette y Jean-Claude Rabaté

Miguel de Unamuno (1864-1936)

Convencer hasta la muerte



Galaxia Gutenberg

COLETTE Y JEAN-CLAUDE RABATÉ

Miguel de Unamuno
(1864-1936)

Convencer hasta la muerte

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2019

© Colette y Jean-Claude Rabaté, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 15996-2019
ISBN: 978-84-17971-30-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A nuestros padres José y Maurice
que nos transmitieron su «pasión española»*

Índice

Prólogo	11
Agradecimientos	15
1. Recuerdos de niñez y mocedad (1864-1884)	17
«Yo no me acuerdo de haber nacido»	17
Un colegial soñador.	19
Los tormentos de la adolescencia.	32
Madrid, «un nuevo mundo»	38
Un estudiante en crisis.	44
2. Los años bilbaínos (1884-1891)	57
El vía crucis de las oposiciones	57
El polémico tema vasco	66
Entre crisis y sueños	75
Hacia nuevos horizontes	93
3. En la ciudad del Tormes (1891-1900)	99
Un catedrático rebelde.	99
Periodismo y traducción	105
Ecos de Bilbao.	115
Un socialista en la Universidad	120
Crisis de conciencia	128
En busca de fama literaria	143
4. Un rectorado controvertido (1900-1914)	151
Primeros conflictos	151
El compromiso político	187
Por tierras de España.	217
En torno a una destitución.	248
5. Gran Guerra y censura (1914-1923)	261
Contra los «trogloditas»	261

Un aliadófilo convencido	274
Política local y nacional	287
Un periodista censurado	298
Contra la monarquía y la guerra de Marruecos	309
Tiempos de dictadura	321
6. El desterrado de la dictadura (1924-1930).	331
La isla del viento	331
Autoexiliado en París	346
Los días de Hendaya	366
Una dictadura moribunda	384
La libertad recobrada	399
7. Frente a la República (1931-1935)	405
Discursos republicanos	405
Un «jabalí» en las cortes	422
Duelos, homenajes y nuevos compromisos	448
8. La salvaje guerra incivil (1936)	471
Una España convulsionada	471
En el huracán	479
Atalaya de la guerra	504
El 12 de octubre	516
La palabra castigada	532
«Expatriado en su propia patria»	538
Exequias falangistas	554
Índice onomástico	563

Prólogo

Salamanca, 12 de octubre de 1936, por la tarde

Miguel de Unamuno, sentado como siempre en «el sillón frailer» de su cuarto de estudio, rodeado de sus libros, vuelve a pensar en los acontecimientos terribles que acaba de vivir. A pesar de la presencia de Miguelín y de sus dos hijos, Rafael y Felisa, se siente solo, abandonado y sobre todo vencido... vencido después de su último combate por la razón y la paz... No puede olvidar el aciago acto del paraninfo en que oyó los aullidos contra la anti-España, los vivas a la muerte y mueras a los intelectuales traidores; no puede olvidar los abucheos y amenazas de un público excitado y hostil cuando se dirigió a Millán Astray para decirle que vencerán la fuerza brutal, el odio y el resentimiento, pero no convencerán y no llegará la paz, sino la victoria; no puede olvidar los insultos y gritos de odio de unos socios del casino que lo rechazaron como si fuera un perro rabioso y un criminal.

Hace varias semanas que ya sabe cuán inútil es su pluma para combatir por la compasión, la convivencia, la libre opinión y contra una irreprimible locura colectiva; en esta salvaje guerra incivil donde los *hunos* y los *hotros* están perdiendo toda humanidad, tiene miedo a quedar atrapado en el torbellino de odio y de resentimiento y solo puede confiar su dolor y su desengaño a sus «hijos de papel»... Ya entiende que la guerra civil de su niñez era un sueño y que no habrá paz en la guerra.

Hoy le han quitado brutalmente el derecho a expresarse públicamente. Ha perdido su ardiente palabra, «la espada del espíritu», y quizá se diga como en 1917 y en otras tantas ocasiones: «fundamentalmente, no soy más que palabra; el no hablar es morir». Pero

es poco probable que agregue como antes «y, francamente, morir, a morir no estoy dispuesto» ante el huracán de odio y de violencia que lo arrasa todo en este terrible otoño de 1936.

Para él se acaban cincuenta años de combates en los que siempre defendió el derecho contra la fuerza... Sí, cincuenta años del mismo combate de un liberal que acaba de entender que sus ideas ya no tienen ningún poder... Y esta experiencia es aún más dolorosa porque significa el fracaso de un intelectual convencido del poder de las ideas incluso sobre los «hechos». Al repensar en el «vencer no es convencer» que opuso a las amenazas de Millán Astray, quizá se acuerde de lo que escribió en 1886 para una conferencia titulada «El derecho y la fuerza» en que ya exaltaba la libertad de pensar por encima de cualquier forma de violencia o de coacción:

Cada cual es libre en su esfera, libre de asociarse y de dejar la asociación, libre para pactar y libre para romper el pacto, únicamente no es libre para atacar la libertad ajena, luchan las libertades en el contrato, no las voluntades en la fuerza, al vencimiento que es el sucumbir de la libertad sustituya el convencimiento que es el sucumbir de la voluntad.¹

Miguel de Unamuno entiende que no podrá agitar los espíritus como lo hizo tantas veces a partir de los sermones laicos que sembraba por toda la península cuando declaraba, fuera de cualquier programa y dogma al final de su conferencia en el teatro de La Zarzuela en marzo de 1906:

Yo, que no soy un hombre de partido, no he venido a traeros un programa [...]; no he querido más que animar, si es posible, los espíritus; activar las entrañas y verter, donde quiera que me llamen y hasta donde no me llamen, oportuna y sobre todo inoportunamente, el sacramento de la palabra (IX, 181).

1. Miguel de Unamuno, *El derecho y la fuerza*, edición de Eugenio Luján Palma, Sevilla, Punto Rojo Libros, 2017. El libro recalca la sorprendente coherencia del pensamiento unamuniano y prueba que en la conferencia de 1886 se encuentra «en germen» la famosa frase pronunciada el 12 de octubre de 1936.

Desengañado, dolorido y sumamente pesimista no deja de confiar en *El resentimiento trágico de la vida*: «los motejados de intelectuales les estorban tanto a los *hunos* como a los *hotros*. Si no les fusilan los fascistas les fusilarán los marxistas». De hecho, si bien este eterno caballero andante de la palabra no consigue convencer a los que predicán la violencia como única forma de combate, no sale vencido de sus innumerables combates por la cultura, la paz, la justicia, la convivencia, la libertad individual y, en suma, por la Verdad, su verdad.

El relato de una vida tan apasionante como fecunda traduce la permanencia y la sorprendente actualidad de su voz, más que nunca en los años agitados que vivimos. Nos enseña que, a pesar de los errores y vacilaciones, accesos de ira y remordimientos propios de cualquier ser humano, Miguel de Unamuno ha conseguido vencer a la Esfinge y colmar su anhelo de «sembrar semillas de eternidad», ya presente desde los años de niñez y mocedad bilbaínos.

Agradecimientos

Agradecemos a todos los amigos que nos incitaron a llevar a cabo este proyecto editorial y más particularmente a Miguel de Unamuno Adarraga y a su familia.

Mil gracias también a los colegas que nos proporcionaron datos e información como Margarita Becedas, Mariano Esteban de Vega, Juan Francisco Fuentes, Enrique Moradiellos, Rafael Núñez Florencio, Fernando Puell de la Villa, Octavio Ruiz-Manjón, José Antonio Sánchez Paso y Rafael Serrano García.

Agradecemos por fin a Joan Tarrida por haber acogido este libro en su Galaxia y a María Cifuentes por su disponibilidad, su lectura atenta, sus correcciones y sugerencias siempre atinadas.

Recuerdos de niñez y mocedad (1864-1884)

Desconfío de los hombres que no llevan a flor de alma los recuerdos de su infancia.

Para mí no hay descanso ni consuelo como recorrer los lugares que fueron la primera visión de mi vida, resucitar en mí las impresiones virginales.

(A Rubén Darío, 10 de noviembre de 1907)

«YO NO ME ACUERDO DE HABER NACIDO»

En 1908, al escribir esta primera frase de sus *Recuerdos de niñez y mocedad*, «rehacimiento de artículos de tiempos ya antiguos», Miguel de Unamuno no se contenta con enunciar una verdad obvia. Al evocar este «suceso cardinal» y fundacional lo iguala enseguida con el último de su vida, de fecha igualmente desconocida, conjurando de cierta manera la muerte con la esperanza de «no haber de tener tampoco noticia intuitiva directa de ella» (VIII, 97).¹

Con todo, rectifica esta afirmación escribiendo: «Aunque no me acuerdo de haber nacido, sé, sin embargo, por tradición y documentos fehacientes, que nací en Bilbao el 29 de septiembre de 1864». De hecho, si bien no recuerda su nacimiento, la imagen de la capital de Vizcaya lo acompaña durante toda su vida, y es

1. Las referencias a las *Obras completas* editadas por Manuel García Blanco, Madrid, Escelicer, 1966-1971, van indicadas con el número de tomo en cifra romana seguido de la página entre paréntesis.

el espectador atento de su evolución. Pero ¿qué fisonomía tenía el Bilbao de su niñez?

En 1864, durante los últimos y revueltos años del reinado de Isabel II, Bilbao todavía no es la gran urbe industrial de las dos últimas décadas del siglo y, pese a unas primeras transformaciones, es una urbe tranquila donde conviven los apacibles «chimbos» –apodo dado a sus habitantes– en un ambiente familiar. En el casco viejo o Siete Calles, «núcleo germinal de la ciudad», residen como en tiempos pasados las tradicionales clases medias, mercantiles y acomodadas. Allí se alzan los más emblemáticos edificios públicos: el Ayuntamiento, el Teatro de la Villa, el hospital de Achuri, y la Alhóndiga, donde se concentra desde tiempos remotos el poder económico, social y político-administrativo de la ciudad.

En el siglo XIX, la ciudad, enmarcada en el estuche de sus huertas variadas y de sus alrededores poblados de robles, impresiona tanto a los visitantes por la limpieza de sus calles bien empedradas, la belleza de sus edificios altos y soberbios, sus abundantes almacenes que se merece el nombre de «tacita de plata».¹

A mediados del siglo, el estrecho recinto del Bilbao histórico y las murallas dificultan el irreprimible desarrollo de la villa. En 1860, cuenta con unos 18.000 vecinos y pronto se plantea de manera candente la cuestión del ensanche que prevé una ciudad maravillosa, pero el proyecto fracasa por las numerosas críticas y sobre todo los altísimos costos de las expropiaciones. Finalmente, la ciudad no conoce cambios significativos durante tres décadas, aunque se elabora en 1876 un nuevo plan urbanístico después de la aprobación de los ensanches de Madrid y Barcelona en 1860, y de San Sebastián en 1864.

Bilbao, que vivió la ocupación francesa en los años 1808 a 1813, sufre dos sitios durante la primera guerra carlista. El de 1835, emprendido por Tomás de Zumalacárregui, fiel seguidor del pretendiente al trono Carlos María Isidro de Borbón, solo dura unos quince días pues, a raíz de la muerte del general herido en los combates, las tropas cristinas liberan la ciudad. Otro sitio de 43 días se

1. Miguel de Unamuno, *Paz en la guerra*, edición de Francisco Caudet, Madrid, Cátedra, 1999, p. 140. En adelante, será la edición de referencia.

produce en los últimos meses de 1836, pero Bilbao no se rinde y, liberada después de la batalla de Luchana con la victoria del general Espartero, recibe el glorioso título de *Noble y Muy Leal Invicta Villa* por su heroica resistencia.

En esta ciudad de pasado glorioso, baluarte de la causa liberal y vuelta hacia un porvenir económico esperanzador, se establece después de la primera guerra carlista la familia Unamuno, oriunda del histórico pueblo de Vergara.

UN COLEGIAL SOÑADOR

A principios de los años 1860, en el pintoresco barrio de Siete Calles, y más precisamente en el número 16 de la calle de la Ronda, que corre por la parte exterior de la muralla, se instalan los recién casados María Salomé Crispina de Jugo y Unamuno y su tío paterno Félix María de Unamuno y Larraza, que le lleva diecisiete años. Además de la diferencia de edad, las vivencias de los dos cónyuges son muy dispares.

Félix María, nacido en 1823, hijo de un confitero de Vergara, se fue de casa jovencito para «hacer su América». Se estableció en México, en Tepic, donde consiguió reunir un pequeño caudal antes de regresar a Bilbao; en 1859 obtiene un permiso para establecer su horno de panadería en la casa número 41 del barrio de Achuri y en 1866 solicita del Ayuntamiento la concesión de un puesto de pan en los soportales de la Plaza Vieja.¹

A diferencia de este «indiano» o «americano», María Salomé Crispina, que ve el día en 1840, no ha contemplado más cielos que los de su Bilbao natal y a los catorce años queda huérfana de padre. Pero si no ha vivido las aventuras americanas de su esposo, no desconoce el turbulento pasado familiar, particularmente el de su madre, Benita Unamuno y Larraza, dueña con su esposo de una confitería llamada La Vergaresa y cuyas convicciones liberales quedaron fortalecidas por los dos sitios vividos en Bilbao. Además, Benita,

1. Archivo Municipal de Bilbao, Sección Segunda 0443/035; 0443/032; 0446/111; administración de Biskaia, AT00293/010.

casada en primeras nupcias con José Antonio de Jugo y Elezcano, ha vuelto a contraer matrimonio con José Narbaiza.

En 1864 Félix y Salomé ya tienen dos hijas, María Felisa, nacida en 1861 y María Jesusa dos años después cuando, a finales de septiembre, exactamente el día 29 nace el primer varón, en «lo más lúgubre y sombrío del sombrío Bilbao, en una calle, amasada en humedad y sombras, donde la luz no entra, sino derritiéndose» (I, 170). El párroco don Pascual de Zuazo le impone el nombre de Miguel, santo del día, y el bautismo se celebra al atardecer del mismo día en la iglesia parroquial de los Santos Juanes, en la cercana calle de la Cruz. En la partida de bautismo del niño solo figura el nombre de pila del arcángel, nombre predestinado «porque llamarse Miguel, por vía de Providencia, obliga a algo al que hace una espada de su pluma y se mete a pelear con el pandemónium» (VIII, 1161).

Algunos meses más tarde, «mamoncillo aún», Miguel se traslada con su familia al segundo piso derecha del número 7 de la calle de la Cruz donde nace su hermano Félix José Gabriel en octubre de 1865. Es «una casa de vecindad, de ocho vecinos, cuatro pisos con dos viviendas dobles, de derecha e izquierda, aparte de los bajos». Tiene un mirador que pertenece a la parte reservada de la casa, al santuario. El tío y padrino de Miguel, Félix de Aranzadi, ocupa la lóbrega lonja de una chocolatería en el bajo. Allí, aprende a balbucir en castellano, idioma que se habla en su casa, «pero castellano de Bilbao, es decir un castellano pobre y tímido, un castellano en mantillas, no pocas veces una mala traducción del vascuence» (VIII, 941).

La familia vive con cierta holgura, pero a finales de 1867 muere la segunda hija de la pareja, María Jesusa. Si bien Miguel no puede tener ningún recuerdo de la revolución de septiembre de 1868, esta tiene consecuencias perceptibles en su familia ya que se establece el sufragio universal para los varones mayores de veinticinco años y su padre, don Félix, sale elegido concejal liberal del Ayuntamiento de Bilbao por el distrito de San Juan.

El 14 de julio de 1870, la muerte irrumpe por segunda vez en el universo pacífico y feliz del chico, pues fallece intestado su padre a los 47 años «de enfermedad de tisis pulmonar» en el balneario de Urberuaga, y el tutor de los niños es su tío Félix de Aranzadi.

Don Félix descansa en el camposanto de Mallona, primer cementerio «civil» de Bilbao, construido fuera de las iglesias, al que se sube por unas pronunciadas y anchas escaleras, las Calzadas de Mallona. En el mismo sitio se encuentra un monumental mausoleo inaugurado en mayo de 1870 en homenaje a las víctimas de los dos asedios de la primera guerra carlista, la de los Siete Años.

Miguel solo conserva de su padre «un vago recuerdo, esfumado en niebla», a lo mejor gracias a los retratos que se encuentran en las paredes de su casa; pero con el paso de los años intenta reconstruir la figura de un «autodidacto que se había hecho a sí mismo, lejos de su tierra natal y respirando aires de libertad y de liberalismo» (VIII, 420). Además, la memoria del difunto se vincula con la existencia de una pequeña biblioteca y el descubrimiento del francés hablado por su padre con un visitante (VIII, 419).

Tras este fallecimiento, el ambiente del hogar se vuelve siniestro y pesado, pues ronda de nuevo la muerte: al año siguiente, fallece María Mercedes Higinia, la sexta de los hijos de la pareja, con apenas un año. En esa casa afectada por la desgracia, no es de extrañar que su madre busque el consuelo de la religión. Viuda a los treinta años, vestida siempre de luto riguroso, es una figura hierática de mirada triste y perdida, marcada además por la muerte de dos de sus hijas. Pero es también una mujer enérgica y una madre atenta que ha estudiado el francés en un colegio de Bayona y que vela por los estudios de sus cuatro hijos María Felisa, Miguel, Félix Gabriel y Susana Presentación, nacidos durante los diez años de su breve matrimonio. Así que Miguel crece en un ambiente austero, arrullado por «los ecos lejanos de la letanía casera y maternal», mimado por la abuela materna Benita, también viuda.

A pesar de todo, la vida cotidiana de Miguel, como la de muchos de sus compañeros, está pautada por un calendario sentimental y festivo de celebraciones religiosas al compás de la vida de la ciudad y de las estaciones. La misa de Candelas, a la que acude «con la velita rizada», abre las festividades; los desfiles callejeros del Carnaval que no le agradan mucho, porque le dan miedo los bailes de máscaras *barregarris*. Por el contrario, en Semana Santa, Miguel se entretiene contemplando desde los balcones de las casas viejas del barrio de Siete Calles las pintorescas procesiones con los *bultos* o pasos soste-

nidos por unos muchachos con bota de vino. Le impresionan algunas tallas, con sus posturas contorsionadas, sus rostros deformados o grotescos. Con la procesión del Corpus que señala la primavera, puede admirar los castaños en flor de la plaza del Arenal y embriagarse con el perfume del tilo que se alza junto a la iglesia de San Nicolás. ¡Qué gusto le da ver pasar el palio, «la basílica», al son del tintinábulo y de los motetes, bajo los pétalos de rosas echados por las mujeres y los niños desde los balcones! Durante las fiestas de agosto, el chico disfruta viendo, oliendo y tocando los gigantes don Terencio y doña Tomasa que bailan al son alegre del tamboril y el pito, pero se lleva un chasco cuando le dicen que dentro van los barrenderos. Le asombra también la india, gigantona de hermosa tez y lindos ojazos hasta que acabe deteriorada por una *cloruritis* (I, 95-100). El Día de Difuntos y la visita al cementerio de Mallona, cuyas escaleras se divisan desde la casa, señalan la vuelta de los recuerdos tristes de los desaparecidos y los días más cortos y aburridos. Con la celebración de Navidad, vuelven los días amenos, sobre todo cuando reciben la visita de un pariente lejano, esperada con impaciencia por Miguel y sus hermanos. Entonces, se rompe la vida monótona de «una familia vascongada de austerísimas costumbres, con cierto tinte cuáquero» (IX, 816) y para Reyes y el Año Nuevo, los niños están en ascuas hasta descubrir la sorpresa del aguinaldo (VIII, 125-128). En otras ocasiones muy contadas, Miguel consigue evadirse del ambiente pesado del hogar gracias al teatro, y le emociona sobre todo el espectáculo de *Los pobres de Madrid*, pues el escenario dentro del escenario le hace el efecto de un teatro en el teatro y le abre los ojos (VIII, 128-129). Pero estos breves momentos de diversión no consiguen amenizar la vida familiar y el ambiente religioso lo contagia todo.

En el hogar, las demostraciones de cariño casi no existen y la vida es tan austera en esta familia de puritanos, «sequedad y fórmula», que cala hondo en el niño y en el adolescente que confía a sus *cuadernillos*: «Mis afectos son afectos profundos pero secos, mi afición la lógica, y mi deseo un deseo que ni se ve ni se palpa, he mamado con la leche el escepticismo».¹

1. Miguel de Unamuno, *Cuadernos de juventud*, introducción, edición y notas de Miguel Ángel Rivero Gómez, Salamanca, ediciones Universidad de Sa-

Parece que vive en otro mundo que sus hermanas, la mayor María Felisa, y la menor Susana Presentación, pero es de suponer que comparte con su hermano menor Félix José Gabriel los juegos de su edad.

Conforme van pasando los años, el niño «endeble (aunque nunca enfermo), taciturno y melancólico» descubre su ciudad y se arraiga cada vez más en su «bochito», llamado entrañablemente así a imagen del agujero donde juegan a las canicas los muchachos bilbaínos. Pero pocas veces pasa los límites de su barrio: se forja entonces una geografía sentimental circunscrita a la manzana comprendida entre las calles de la Cruz, Sombrerería, Correo y Matadero (hoy Banco de España) y en cuyo centro está el matadero (I, 170).

El colegial se pasa largos momentos soñando y observando desde la atalaya de su mirador el espectáculo de las calles: la entrada de la lóbrega calle de la Ronda, que huele a vino de bodega, y casi enfrente del mirador, la iglesia de los Santos Juanes, y contigua al templo, la Casa de Misericordia. Frente a frente, le extraña un piso misterioso, siempre cerrado, donde entran de tapadillo hombres clandestinos que, al parecer, pertenecen a una logia masónica; echa de vez en cuando una ojeada más allá, fuera de la calle, hacia una plaza donde se alza el Instituto Vizcaíno, «templo del saber oficial»; clava a menudo los ojos, pensativo, en las calzadas cercanas que llevan al cementerio de Mallona y al santuario de Nuestra Señora de Begoña, y a veces su mirada se escapa hacia el alto de Miravilla que cierra el horizonte celeste con el rojizo color de sus minas de hierro y algunas nubes blandas (VIII, 270).

Pero, en otros momentos, sale de su aislamiento y soledad para reunirse con sus compañeros en otros sitios más concurridos por los bilbaínos. Uno de sus lugares predilectos es el paseo de Los Caños, «paseo de beatas, filósofos y enamorados», sitio legendario, poblado de hayas, chopos, álamos, robles, un lugar fresco, a orillas del rumor del río, ameno en verano, bañado por el sol en invierno y adornado por dos fuentes. Entre los niños corre una leyenda y se creen a pie juntillas que las huellas que se van borrando en el suelo

lamanca, 2016, p. 82. De ahora en adelante la referencia a esta edición viene señalada con Rivero: seguido de la página entre paréntesis.

son las dejadas por sendos pies del Ángel y del Diablo después que apostaron a quién saltaba más desde la otra orilla. Algunos se divierten de lo lindo poniéndose en las pisadas, sobre todo en la que figura un pie grosero, grande y feo. Más allá, imaginan que las grandes manchas negras que cubren el suelo son restos de la sangre coagulada de un rey decapitado durante una batalla entre cristianos y moros. A veces, se topan con niños de la calle que se han escapado para nadar en los caños y que los motejan de «farolines». Entre semana, por la mañana, se cruzan con los vendedores ambulantes que animan las calles con sus pregones: algunos mozos procedentes de la provincia de Santander gritan «¡Componer cestos y sillas!»; otros, de la parte de Galicia, que llevan alrededor del cuello una sarta de herramientas y el berbiquí vocean «¡Componer platos, fuentes, barreñones!», mientras unos canturrean «Componer paraguas y *sombriyas*». La voz del amolador, muchas veces un italiano, resuena en las esquinas y lo siguen el pregonero con la gorra en la mano y un portavoz para difundir las últimas noticias de la villa.¹

Durante los largos recreos de media hora o más, los colegiales suelen acudir a la Plaza Nueva, lugar predilecto de Miguel a menudo vinculado a «las tristonas tardes de terco sirimiri», y sus soporales son para él «un refugio cuando el cielo llora» (Rivero: 81). En cambio, en la primavera, con su estanque en el centro y las magnolias que embalsaman el aire, la plaza queda muy atractiva con el café Suizo, el más antiguo de Bilbao, con una confitería o pastelería en una de sus entradas que da a la calle Correo.

Asimismo, el Arenal con su vegetación frondosa, sus sendas sinuosas y sus tres estanques es un sitio privilegiado para los juegos infantiles; en mayo, los colegiales se divierten apedreando las flores blancas de los altos castaños de Indias o sacudiendo los arbolitos de tronco flexible para que salgan los «cochorros» o escarabajos. A veces, los sueltan en clase, pero prefieren hacerlos revolotear alrededor de un palillo, con su patita rota y clavados a una cinta; se regocijan cuando el tontuelo quiere emprender el vuelo y escaparse.

1. Emiliano de Arriaga, *El Bilbao anecdótico de la segunda mitad del siglo XIX*, Colección «El Cofre del Bilbaíno», 1961, p. 59.

No es siempre fácil jugar y correr con las blusas de rayitas azuladas de anchos dobladillos y abotonadas en la espalda, unas blusas largas que les llegan hasta más abajo de las rodillas. Cuando los colegiales van a nadar a la Peña, si se descuidan un poco, los chicos mayores les «dan galleta» en las mangas, haciendo fuertes nudos que les cuesta mucho deshacer. Y en el Arenal, cuando juegan a «tres navíos en el mar» o a «guardias y ladrones», las recogen, apelonándolas sobre el pecho, para poder correr mejor.

Además del cochorro y del grillo, todos los bichos los atraen y les inspiran juegos más o menos crueles. Los colegiales acompañan con su canto el vuelo de la mariquita, o sea, *la solitaña*; cazan las moscas prendiéndolas por las patas con un poco de azúcar en la yema del dedo, y a veces les arrancan las patas o la cabeza; también las introducen en una pajarita de papel para que la arrastren. Cogen nidos, cortan las alas de los pajarillos para que no se escapen.

Parece que Miguel no comparte siempre los juegos tradicionales de sus compañeros de clase que exigen destreza y agilidad físicas, y confiesa años más tarde que no sabía jugar a la trompa, ni a las canicas ni a la pelota, pues le gusta más contar cuentos o jugar a las tres en raya, juegos solitarios, callados, tristes. Mientras otros se crían entre pajarillos de carne y hueso que cantan, él empieza a aficionarse a la confección de pajaritas de papel «silenciosas, obedientes y sumisas». Se dedica principalmente a este pasatiempo durante el bombardeo de Bilbao en 1874, y con su primo Telesforo Aranzadi organizan ejércitos. Incluso en verano, lleva sus pajaritas a la casa de campo de su abuela Benita en Olabeaga, pero reconoce que «estos pajarillos de papel eran secos y muertos» (Rivero: 83).

Para un chico como Miguel que se ha criado «entre calles oyendo a todas horas la voz del hombre y casi nunca la de la naturaleza, del colegio a casa, de casa al colegio», es una inmensa alegría estar en contacto directo con la naturaleza y aprecia más que todo los veraneos en la casa de campo de su abuela (Rivero: 82).

También los jueves por la tarde cuando no hay clase suele ir con sus compañeros a la Landa Verde, entre Begoña y la ría, y el espectáculo de las impresionantes alturas del Pagasarri le recuerda aventuras leídas en Julio Verne.

Sin embargo, en su vida no todo son juegos y paseos; así que «apenas ha dejado las sayas», lo llevan al colegio de San Nicolás, en la calle del Correo, a poca distancia de la casa del mirador. Es uno de los más famosos de la villa, un colegio y no una escuela, porque las escuelas son las de balde, la de la villa, por ejemplo, adonde van los chiquillos de la calle. Entonces empieza la rutina y, para el chico, la semana es pesada (VIII, 181). Aunque se trata de un colegio de pago, es un sitio poco acogedor, y se dan las clases en «una buhardilla con salidas a los tejados» situada al final de una vieja escalera, de tramos desgastados, con barandas anchas y ennegrecidas.

Su primer maestro, don Higinio, es un viejecillo que huele a incienso y alcanfor, tan mayor «que medio Bilbao ha pasado bajo su caña»; lleva de mote *El pavelo* porque posee una gran colección de cañas que usa para castigar a los pavos que son sus alumnos, y se reserva un junquillo de Indias para las grandes faltas de los mayores. Sin embargo, este anciano bondadoso que no ha tenido hijos siempre lleva los bolsillos llenos de galletas, las *paciencias*, que le roban los chiquillos cuando termina el día de clase.

Pero otro maestro causa honda impresión en el colegial, don Sandalio Benito y Benito, pues gracias a él el chico no solo aprende a leer, hacer palotes, contar y aun sentir, sino que se dedica a soñar durante largas horas. Este recuerdo es tan grato e imborrable, que la primera carta que Miguel mandará como rector en octubre de 1900 será para este maestro. Completan esta instrucción las clases de urbanidad, que ocupan un sitio preponderante, la geografía con el descubrimiento de los puntos cardinales, la música, sin olvidar el rezo cotidiano del santo rosario, de rodillas, después de las clases. Estas letanías no parecen «excitar la devoción» de los alumnos que prefieren recitar el romance del *pimpinito*.

En el colegio, el niño descubre los libros a través del *Catecismo* de García Mazo, «un verdadero mazo», con pasajes que dejan con todo en su alma «una sensación formidable»; aprende a leer en *El amigo de los niños* y *El Juanito*; no puede dejar de llorar al enterarse de la muerte de la madre del protagonista, y se deja embelesar por palabras desconocidas como «nefando». A pesar de sus pocos años, también lee la obra de Jaime Balmes *El protestantismo comparado con el catolicismo*, «impertinente sin duda el tal compendio

para quienes ni sabían qué era protestantismo ni nos importaba saberlo».

A Miguel le gusta contar a sus amigos «cuentos de tira y afloja», con naufragios y mil atrocidades inspirados en sus lecturas de Julio Verne y Mayne Reid; se gana así la fama de chico raro entre sus compañeros; pero, al mismo tiempo, el colegial se granjea una reputación de ingenuo y todos se ríen de su simplicidad, sobre todo cuando sostiene en una ocasión que los hijos nacen de la bendición sacerdotal.

Con todo, es un niño travieso como los demás que disfruta cuando sus camaradas tiran un gato por la chimenea y lo dejan caer entre las calderas de una fonda o que se divierte con los concursos de pedos de sus condiscípulos (VIII, 116). También monta un negocio con los *santos o figuras*, cromos de las cajas de fósforos que coleccionan muchos colegiales para organizar juegos a cruz o cara, al vuelo o a la montada; Miguel planea con un amigo un provechoso sistema de lotería en el que se ganan el 50%, pero lo denuncia al maestro un compañero descontento y tiene que acabar indemnizando a los perjudicados.

Si Miguel ya conoce de cerca la muerte por sus vivencias familiares, la encuentra también en el colegio, pero no parece afectarle mucho y cuando muere un compañero todos van a su entierro como a una fiesta y procuran llevar la caja. Incluso siente gozo al recibir un trozo de la cinta azul que cogía.

Además, al final de sus años de colegio, el chico conoce otras experiencias que señalan el paso de la niñez a la adolescencia: la primera comunión aureolada por la presencia de una niña, Concha, y la irrupción de la guerra con el sitio de Bilbao.

Su madre lo educa en los estrictos principios religiosos, pero la comunión le deja un recuerdo más borroso que las reuniones preparatorias durante las cuales los chicos y las chicas se reúnen en la sacristía de los Santos Juanes. Es un momento en que se mezclan sueños místicos y deseos más carnales. Cuando están sentados en el suelo unos frente a otros, separados por sexos, su mirada se clava en una muchacha que estira las falditas para que le cubran las piernas entre rodilla y tobillo. Y Miguel, casi un niño, se pone a pensar en ella «con pureza virginal» sin dejar de soñar a la vez por una de

esas «contradictorias fantasías infantiles» en la celda monástica (VIII, 128, 269).

El mozo y sus compañeros se desentienden de la historia de su país, así que ni siquiera se fijan en el advenimiento de la Primera República española, proclamada el 11 de febrero de 1873; tampoco les afecta la agitación del Sexenio Revolucionario. En cambio, la experiencia palpable del sitio de Bilbao deja una impronta indeleble en el muchacho.

En efecto, a partir de 1872, empieza la tercera guerra carlista entre los partidarios de Carlos, duque de Madrid, pretendiente con el nombre de Carlos VII y el Gobierno de Amadeo I. Al proclamarse la República en febrero de 1873, se propaga rápidamente la sublevación, y en Vizcaya, las guarniciones liberales se establecen en Bilbao y en los fuertes que protegen la ría, mientras que en el resto de la provincia dominan los carlistas; estos deciden ocupar la ciudad del Nervión para desquitarse del fracaso de los sitios de la anterior guerra.

El 28 de diciembre de 1873, los carlistas comienzan a cerrar la ría y Bilbao queda sitiado después de la caída de Portugalete y de las guarniciones de Luchana, el Desierto y Deusto. El 21 de febrero del año siguiente, cuando empieza el bombardeo, Miguel, curioso y algo inquieto, se encuentra en el mirador de su casa de la calle de la Cruz con su hermana mayor, María. Aunque se ha anunciado la ofensiva carlista, muchos lo toman a broma, pero una de las primeras bombas que llega a la villa cae, según el chico, dos o tres casas más abajo de la suya. Le impresionan sobremanera la confusión, el cierre de tiendas; enseguida, vienen a buscarlos para que bajen a la confitería del tío Aranzadi, donde se reúnen casi todos los vecinos de la casa. Conforme se prolonga el sitio, van escaseando los víveres, pero empieza paradójicamente para Miguel «uno de los periodos más divertidos, más gratos de su vida» (VIII, 129).

A pesar de los bombardeos, el chico apenas alcanza a divisar a un enemigo de carne y hueso excepto los que vienen representados en los *santos*. Una sola vez, gracias a un catalejo, consigue vislumbrar desde el mirador de su casa a un soldado carlista que abre un foso en el alto de Quintana y los botones dorados de su uniforme refulgen al sol. La familia tiene que refugiarse a menudo en la lonja

de la confitería del tío Félix Aranzadi y, a partir del 21 de febrero, apenas sale del estrecho recinto de la calle de la Cruz y sus colindantes hasta el final del sitio (VIII, 173). Sin embargo, a pesar de la oscuridad de la tienda y del peligro de los bombardeos, los chicos pasan momentos inolvidables y Miguel juega sobre todo con su primo Telesforo. Forman ejércitos de pajaritas de papel; recogen los cascos de bombas que caen cerca de la casa, y van al colegio durante días de respiro.

El 2 de mayo, el general Concha cruza el puente de San Antón y, liberado Bilbao, la guerra se estabiliza hasta la derrota carlista de 1876. Para Miguel, el paseo del Arenal está íntimamente vinculado con el final del sitio, pues este mismo día, después de desayunar con pan blanco y riquísimo pastel, va «a presenciar desde un banco del Arenal y sobre él empinado, la triunfante entrada del maltrecho ejército libertador» (VIII, 173).

Este sitio señala el final de los tiempos antiguos del chaval y el principio de los medios; traza una línea divisoria entre reminiscencias fragmentarias y una época en que «se inicia el hilo de su historia».

Mientras Bilbao intenta reconstruirse después del sitio, no ha terminado completamente la guerra; la gran ofensiva final emprendida en enero de 1876 termina por la conquista de Estella al mes siguiente, obligando al pretendiente a cruzar la frontera el 28 de febrero, día en que Alfonso XII entra en Pamplona.

En las postrimerías de la guerra civil, el 11 de septiembre de 1875, antes de cumplir los once años, Miguel hace el examen de ingreso en el Instituto Vizcaíno ante el tribunal correspondiente; obtiene la calificación de «aprobado», pero no se presenta al examen de premio.¹ Lleno de ilusiones, descubre con afán el saber y afirma que la entrada en la segunda enseñanza es para todos «el principio de la edad del pavo y de las concupiscencias del saber». Van a aprender latín, historia, matemáticas, ciencias naturales, etc. En fin, van a probar el fruto de la ciencia, a ser *mayores*.

1. Mario Grande, «Miguel de Unamuno y Yugo, alumno de bachillerato (1875-1880)», *Estudios de Deusto*, vol. XVIII, n.º 39-4, enero-diciembre 1970, pp. 481-486.